

JORGE ALVARO

NOVIEMBRE - DICIEMBRE, 1993

GALERIA KLEMM
ARTE CONTEMPORANEO

JORGE ALVARO

por MIGUEL BRIANTE

Modelar el modelo: Como si la técnica fuera superior al tema, como si la forma, en materia de arte, no fuera el fondo, delicados críticos han vacilado ante la obra de Jorge Alvaro y han salido por la tangente de marcar la solidez de su oficio, recordando siempre que viene del paciente grabado, que cruzó por el dibujo, que llegó a la tela -y al acrílico, ese material que seca tan rápido, como un símbolo del vértigo de estos tiempos- con la cautela y el rigor de un artista clásico, tradicional. Mujica Lainez decía “será siempre un gran dibujante” y otros críticos de prosa menor se empeñan en marcar, por las dudas, que no se trata de postular -si se elogia a Alvaro- un arte retrógrado, una vuelta al pasado, a la horrible figuración. Entonces y esquivando siempre el sentido de lo representado por Alvaro se trata de colocar a Alvaro -desconcertante bicho dramático no carente de un soterrado humor- en algunas de las neo (o neo-neo, ya se sabe como es este negocio) corrientes del arte contemporáneo.

Si el grabado, no el grabado “conceptual” -como se le llama, por una extensión errónea del analfabetismo, a todo ejercicio más o menos mecánico que deje un rastro sobre un papel-, sino el otro, que suele llamarse social o político o narrativo, tiene su origen (y su sentido) en la ilustración, como padre manual de la fotografía, como pasaje necesario, en una época, para la difusión multiplicada de una imagen (y solo muy tardíamente, con técnicas que ya no dejan la misma impronta que esas chapas tramadas a buril y ácido, se pone a hablar de si mismo, postula su artísticidad), ese origen no ha sido nunca negado por Alvaro, sigue presente en el impulso mental de cada una de sus obras. Porque es necesario invertir el orden; antes que el grabado está el dibujo -que planea lo que deberá salir de la chapa contra el papel- y antes del dibujo está el motivo. Si se piensa -si se vuelve a pensar-, mirando cualquier revista ilustrada del siglo pasado, en que muchas veces el grabado no sólo ilustraba una escena real, un acontecimiento, sino que representaba -transcribía en blanco y negro- cuadros colgados en un museo, se verá hasta que punto es compleja la operación mental que rige al grabado, y se podrá medir la carga que deja en el artista que se aleja de sus fronteras en busca de otros soportes para su imaginación. Imaginación, soportes, no son palabras que en Alvaro pertenezcan a familias distintas. El mismo dice, narra: “Vengo del dibujo. Durante años, estuve con Aída Carvallo, realicé grabados a la manera clásica, y en esa técnica se demora mucho,

meses, en llegar a concretar la idea. Entonces me pasé a la tinta sobre papel y después a la pintura por una cuestión de escala, porque el papel te limita”. Y entonces: “Empecé a incorporar color, poco color. Dibujo, antes; pulo mucho el dibujo, y recién después lo paso a la tela, donde no podés borrar demasiado”. Como con el grabado.

La fuerza de ese oficio apuntala, de hecho, la obra sucesiva de Alvaro, quien acepta la representación como un vehículo más para plantar su visión del mundo; eso que, según Gide, es el estilo. Con maquiavélica deliberación, Alvaro exagera su técnica hasta lograr un realismo donde la hipertrofia -de los cuerpos, de las situaciones- llega hasta el grotesco y vuelve hasta la ironía, en un trazado que, de muestra en muestra, va delineando una saga de lo humano, de lo brutal -sobre todo en esas series con los personajes del circo, a las que necesariamente volveremos, donde la tinta, la acuarela y el lápiz al carbón, instalan cuerpos de trapezistas y bailarinas ya hipertrofiadas en la “fuente” realidad, al mismo tiempo en que se rodea un mundo cierto, por la destreza física, pero falso, porque está destinado a ilusionar al público- haciendo de un fragmento de la comedia humana una metáfora del total de esa comedia. Es un grotesco contenido, un verdadero grotesco en el que el asombro es muy anterior a la risa de lo cómico, insinúa la tragedia. Hasta sus enanos o payasos goyescos eluden la bufonería, y sus parejas de gordos, por más que se los haya emparentado con Botero -una facilidad visual, un apresuramiento conceptual- no desbordan los límites de los posible mientras insinúan lo imposible. Circo, escenario, teatro de lo teatral, narración de la narración de la narración; el mundo como un espectáculo a montar y desmontar, el montaje como un montaje del montaje. En su primera exposición individual, de 1966, Alvaro presenta aguafuertes que funcionan como ilustraciones de unos textos cortos, escritos por él mismo, en los que narra una historia. Alvaro no rechazará nunca lo literario, o mejor dicho lo narrativo -porque también y fundamentalmente en estas últimas obras, el encuadre y ciertos tonos buscados, en los que vuelve al recuerdo de un sepia que alguna vez usó como leiv-motiv, no prescinden de la gramática del cine- hasta el punto de que se podría conjeturar que toda su obra es un largo relato que se bifurca, se abre, se contesta, se cierra a veces sobre si mismo, permite el barroquismo y el despojo, los primeros planos y los escenarios vacíos, la sensación de un tiempo detenido en algún lugar



Desnudo Alado. 1993. Acrílico sobre tela. 100 x 100 cm.

(en los muebles, en ciertos rostros, en la pintura de una habitación poblada de paneles pintados, que hacen de soporte irreal, presentado como real, dentro del soporte-soporte), y hasta el asomo, en esta muestra, de un cierto clima de nostálgica decadencia. Sin embargo, esa narración será siempre recurrente; es notable que en 1980, y con la misma técnica -tinta, acuarela y lápiz carbón- Alvaro haya realizado "Ventrílocua", un trabajo en el que mujer desnuda tirando a gorda sostiene en un escenario perfectamente delimitado, a un (aparente) muñeco, que en realidad es humano, en una rodilla -una escena de ironía feroz, y ya se sabe que la ironía es extrañamiento, síntesis de todos las sornas, de todas las observaciones a contrapelo de lo establecido- y "Domadora esperando", en las que el color y la línea del dibujo que marcan a esa mujer esperando con su látigo en las afueras de la carpa del circo, muestran la soledad desde la ternura. O que en 1982, en "Desnudo Alado" haya adelantado la posición, la carne, tal vez, de la mujer que en esta muestra, en una mesa del Titanic a punto de zozobrar, como despojo de la última fiesta, se convierte en el terreno donde el sueño es la puerta de la muerte y de la escena parece nacer la música que acompaña el derrumbe, el hundimiento final. Y lo curioso es que esa misma desolación impera, no sólo por la falta de personajes sino por los personajes que estuvieron, o que pueden estar en estos salones que según Alvaro están ahí nomás, en esta realidad, en ese hotel que puede verse desde la salida de esta galería donde pueden verse estos cuadros que representan, reinterpretan esa vecina solemnidad.

Desde la figuración, contenida al borde del disparate y apuntalada en la arquitectura de ciertos sueños, Alvaro -en una obra que no lo niega- se juega a trascender el mero oficio, indaga en una metafísica propia. "Pues por medio de la materia -anotaba Rudolf Steiner, en aquellas conferencias en las que quería equiparar el arte con la clarividencia- se realizan en la práctica cosas totalmente distintas a las de la mera imitación del modelo, o de métodos parecidos. Por lo tanto, en sentido artístico, la simple imitación del modelo no vale más que la imitación del canto del ruiseñor por medio de sonidos cualesquiera. El arte verdadero comienza donde se renuncia a la imitación y en su lugar se actúa en virtud de lo nuevo del trabajo creador". Que es donde el modelo -como en la obra de Alvaro- comienza a ser modelado, para sus fines, por el creador.

Miguel Briante

Obras en exhibición

1. **Interior I.** 1992.
Acrílico sobre tela
150 x 180 cm.
2. **Interior II.** 1992.
Acrílico sobre tela
150 x 180 cm.
3. **El coleccionista.** 1993.
Acrílico sobre tela
130 x 150 cm.
4. **El Plaza.** 1993.
Acrílico sobre tela
130 x 150 cm.
5. **Titanic.** 1993.
Acrílico sobre tela
130 x 150 cm.
6. **El hipnotizador.** 1993.
Acrílico sobre tela
130 x 150 cm.
7. **Margarita y Armando.** 1993.
Acrílico sobre tela
130 x 150 cm.
8. **Presentación.** 1993.
Acrílico sobre tela
100 x 100 cm.
9. **Desnudo Alado.** 1993.
Acrílico sobre tela
100 x 100 cm.
10. **Última fiesta en el Titanic.** 1993.
Acrílico sobre tela
130 x 150 cm.
11. **Recepción.** 1993.
Acrílico sobre tela
75 x 105 cm.

GALERIA KLEMM

ARTE CONTEMPORANEO

Director

Federico Klemm

Consejo Directivo

Carlos Espartaco

Fernando Ezpeleta

Relaciones Públicas

Marcelo Estrada

Operadora de Arte

Valeria Fiterman

Próxima exposición

Presentación del libro

Arte y Discurso

de Carlos Espartaco

Ediciones de Arte Gaglianone

Muestra acompañante:

Benguria

Esteves

Klemm

Macció

Noé

Pérez Celis

Temporada '93

Warhol

Macció

Klemm

Pérez Celis

Benguria

Alvaro

Carletti

GALERIA KLEMM
ARTE CONTEMPORANEO

M. T. de Alvear 636 • (1058) Buenos Aires
Argentina • (54-1) 311-2527 / 312-2058